

La invención de todas las cosas

Jorge Volpi

Al despertar una mañana, luego de un sueño intranquilo, me descubro transformado en un monstruoso bicho. Me espanta la armadura anillada de mi abdomen y mis tres pares de patas que se retuercen en zigzag. Las imágenes están allí, vívidas y palpables, tan reales como eso que suelo llamar, tal vez a la ligera, realidad. El horror que experimento ¿es producto de un recuerdo, de una alucinación, de una fantasía? ¿De un sueño? Si por un instante no me di cuenta de que lo era, ¿quién me asegura que no sigo en su interior? Me precipito al cuarto de baño: mi rostro en el espejo es el mismo de cada mañana, solo mis ojeras lucen más pronunciadas. No parezco un bicho: aquellas imágenes artrópodos eran falsas, los rescoldos de una pesadilla.

Y entonces sí despierto.

✕

Nada angustia como un sueño dentro de un sueño, uno de los dispositivos predilectos del horror. Si despertamos en uno, ¿no nos precipitaremos en otro y otro, *ad infinitum*?

Borges se valió de la estratagema en numerosas ocasiones: «Ha soñado el Ganges y el Támesis, que son los nombres del agua», escribió en 1985 en un poema incluido en *Los conjurados*. «Ha soñado mapas que Ulises no habría comprendido. Ha soñado a Alejandro de Macedonia. Ha soñado el muro del Paraíso, que detuvo a Alejandro. Ha

soñado el mar y la lágrima. Ha soñado el cristal. Ha soñado que Alguien lo sueña».

Analizo la escena: mis manos transformadas en patas de insecto. ¿Qué son estas imágenes? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Son ficciones? Y, si así fuera, ¿de qué están hechas? Parafraseando a Shakespeare, de la misma materia de los sueños.

✕

La palabra *ficción* viene del verbo latino *fingere* , que no significa fingir ni engañar, sino tallar o modelar, el término usado por los artesanos para confeccionar una vasija y por los escultores para dar vida a una venus. La etimología no podría resultar más apropiada: la realidad es esa argamasa a la que damos forma y volumen con la imaginación.

✕

Si comparo el sueño con mi reflejo, no tengo dudas: el primero es engañoso y el segundo, verdadero. Pero ¿de dónde proviene esta certeza? ¿Aprecio alguna diferencia sustancial entre las dos imágenes? Ninguna, excepto mi propia convicción: si mi rostro en el espejo me parece real es porque sé que es real. Ninguna imagen es verdadera por sí misma, su veracidad queda determinada por una especie de lema que me lo advierte. Pero ¿quién le coloca esa etiqueta similar a las que nos previenen sobre el exceso de grasas saturadas?

✕

Volvamos a mi pesadilla. Tras un momento de incertidumbre, localizo su origen en las páginas del libro que descansa en mi mesita de noche. No ha sido una ocurrencia mía, la escena

no proviene de mi interior, sino de afuera: alguien me la incrustó y la siento propia. Las imágenes y las ideas son como esporas o —a estas alturas la analogía ya no suena demasiado original— como virus: cuando se escabullen en mi cerebro, se reproducen sin tregua y de repente me descubro infestado. Soy el caldo de cultivo idóneo para la ficción. Para santa Teresa, quien disponía de ella a raudales, la imaginación es la loca de la casa: una vez activa, sigue sus propios derroteros. Para explicar ese estado alterado nos hemos inventado númenes, musas, dioses, daimones y duendes, el Espíritu Santo, el homúnculo cartesiano. Y, por supuesto, la inspiración.

✕

Te describo los detalles de mi sueño: distingo mis patas sobre la colcha y el borde de la cama. A la derecha, las figuras del papel tapiz; a la izquierda, la puerta del baño. Levanto la cabeza y advierto la rugosidad del techo y la sombra de una lámpara. Más allá, un tapete persa. Un espacio donde podría perderme por horas; lo intrigante es que ninguno de esos detalles existía antes de que yo lo mirara.

Primero esto, luego aquello, luego lo de más allá... Si acaso los sueños o la vida fueran simultáneos, al recordarlos los volvemos sucesivos. Narrar es engarzar imágenes en el anzuelo del tiempo. Ordenamos los hechos —los patrones que atesoramos de los hechos— de la misma forma que paseamos sin rumbo, confiados en que al final le daremos sentido al camino. Somos atrabiliarias máquinas de contar.

✕

¿Y si me engañan los sentidos? Pese al empeño de incontables filósofos y científicos, la pregunta no nos deja en

paz. La información que fluye de mi cerebro hacia mis ojos es mayor a la que va de mis ojos al cerebro; si no invento el mundo, lo relleno como ese niño que pinta un cuadro por números. El universo queda depositado en mi interior: el mar y el cielo, las estrellas y los planetas, mis amores, mis amigos y mis malquerientes por igual. Lo que queda afuera es una ficción que permanecerá para siempre ajena, intocable, inaccesible, cruelmente vetada para mí. Es el paraíso del que fuimos expulsados. Almaceno el mundo como el reo que conserva sus fotos de familia debajo de la almohada. Y aun así vivo convencido de que palpo, observo, escucho, olfateo y degusto la realidad.

✕

Abro los ojos y allí está el mundo; los cierro y allí está ese otro mundo, más fluido y volátil, que flota en mi interior. Adentro y afuera: ninguna frontera luce más nítida, más ardua de franquear. Los dualismos derivan de la sensación de ser algo en el interior de otra cosa. Las religiones suscriben idéntico principio: si estoy atrapado en mi cuerpo es porque alguien me colocó allí. No tengo escapatoria. O acaso solo un auto de fe con la esperanza de que al consumirse la carne se libere el alma.

✕

Por alguna razón, no me siento solo: en mi cabeza habita alguien más. Otra pesadilla: en mi cráneo se esconde un bicho que se hace pasar por mí. La bestezuela ha recibido varios nombres a lo largo de la historia: intuición o inconsciente, entre los más notables. Más cerca de nosotros, Daniel Kahneman lo bautizó como cerebro rápido. Porque, en esta división, yo soy el lento. ¿A cuál de los dos le corresponde imaginar? El maremágnum surge sin duda del

más veloz; a mí me corresponde, en cambio, ordenar, frenar, corregir, glosar. Él es el escritor y yo su corrector de estilo.

✎

Recuerdo un episodio de mi infancia: estoy en la primaria, en un día de saludos a la bandera. Ahora pienso en lo que haré mañana por la tarde: cervezas con amigos. ¿Existe alguna diferencia entre la primera y la segunda imagen? Como ocurría con el adentro y el afuera, revivir el pasado y columbrar el futuro son operaciones mentales paralelas. Recordar es arrugar y desgarrar, reacomodar y retorcer, ensombreceer e iluminar, enfocar y desenfocar, hilvanar y deshilvanar. Imaginar, construir un castillo de juguete con las piezas que extraigo del cajón de mi memoria.

✎

¿Fantasean los insectos, los reptiles, los pájaros, los mamíferos?